

FA-484(9)

LA FAMILIA CRISTIANA.

LEYENDAS PIADOSAS

DE

VIDAS DE SANTOS,

traducidas por

D. MARIANO CATALINA.



MADRID: 1873.

ANTONIO PEREZ DUBRULL, EDITOR.

Jesus del Valle, núm. 45.

LA FAMILIA CRISTIANA
DE LAS CIUDADES
LEYENDAS PIADOSAS

VIDAS DE SANTOS

JUAN CIUDAD.

I.

Delante de una humilde casa de Montemayor el Novo, pequeño pueblo del reino de Portugal, estaban sentados en un banco de piedra una mujer y un niño. En sus modestos trajes se reconocía sin dificultad que pertenecían á la clase del pueblo. El rostro de la mujer revelaba admirable dulzura, y el del niño gran inteligencia.

—Hijo mio, decia la madre; acabas de cumplir nueve años: ya te citan por tu piedad; continúa contentando á tu padre, pues él tiene gran necesidad de consuelo, porque trabaja mucho. No descansa más que los dias de fiesta, y su único consuelo son su Teresa y su pequeño Juan.

—Estad tranquila, madre mia; nunca tendrá motivo para quejarse de mí.

—Escucha, hijo mio, tú eres un poco ligero: todo lo nuevo te parece magnífico: es preciso que desconfíes de esa inclinacion.

—Sí, madre mia, dijo el niño con tono sumiso.

Cambiando de repente de voz y de fisonomía, batió las palmas exclamando:

—¡Aquí viene mi padre!

Y corrió delante de Andrés Ciudad, que venia acompañado de un viajero.

Andrés era hombre de poco más de cincuenta años, de rostro abierto y franco. Tomó á Juan en su brazos, le besó en las mejillas, y dijo sonriendo al forastero:

—¡Cuando veo á este pequeñuelo, se me figura que tengo delante al divino Jesus! ¡Y mi Teresa es tan pura, tan tierna, tan cariñosa!

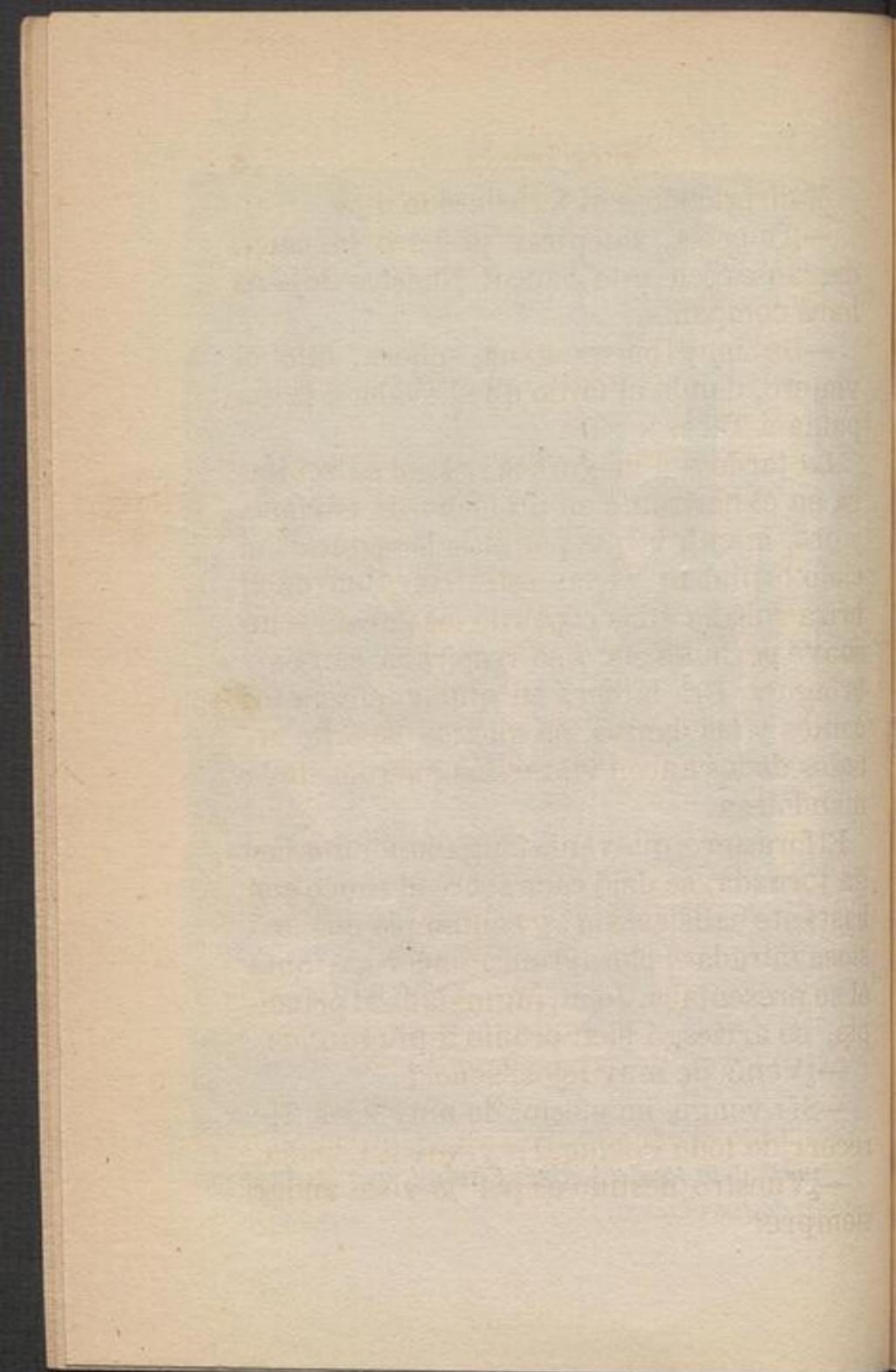
Y diciendo estas palabras, Andrés habia llegado á la puerta de su casa. Apretó la mano á Teresa, que se ruborizó, y le dijo:

—Mujer, te traigo un viajero que he encontrado en el camino; le he ofrecido hospitalidad para esta noche: ¿tienes algo que darnos de cenar?

—Mi querido Andrés, respondió ella, procuraré que nuestro huésped quede satisfecho.



Y corrió delante de Andrés Ciudad, que venia acompañado de un viajero.



Y dirigiéndose al forastero le dijo:

—¿Quereis, mientras preparo la cena, descansar en este banco? Nuestro hijo os hará compañía.

—De muy buena gana, señora, dijo el viajero, dando el fardo que llevaba á la espalda á Teresa.

La tarde era magnífica: el sol se ocultaba en el horizonte en un lecho de púrpura y oro, mientras que por el lado opuesto del cielo brillaban ya las estrellas. Una débil brisa robaba á las copas de los naranjos un suave perfume, que se respiraba con embriaguez. Era la hora en que empiezan los cantos y las danzas, en que los experimentados dedos hacen vibrar las cuerdas de la mandolina.

El forastero, que venia fatigado por una larga jornada, se dejó caer sobre el banco con bastante satisfaccion, y contempló con ansiosa mirada el paisaje encantador que ante él se presentaba. Juan, intimidado al principio, se arriesgó bien pronto á preguntar:

—¿Venís de muy lejos, señor?

—Sí: vengo, en efecto, de muy lejos. He recorrido todo Portugal, y voy á España.

—¿Vuestro destino es por lo visto andar siempre?

—Poco menos: trafico en telas de lana y seda; como mi fortuna es pequeña, me veo obligado á emprender yo mismo la mayor parte de mis negocios, á ir á las ferias principales; en fin, me acuesto pocas noches á cubierto.

Juan abrió mucho sus grandes ojos...

—¡Oh! dijo: yo preferiria vuestra vida á la de mi padre. Labrar siempre el mismo campo, podar siempre los mismos árboles, no es muy divertido; pero ver sin cesar paisajes nuevos, eso debe alegrar el corazón.

—¿Qué dirias tú si tuvieras la dicha de conocer á Madrid; Madrid, mi villa predilecta, á donde voy en este momento? ¡Allí sí que es agradable vivir! Allí están los más nobles potentados, las más bellas señoras de España, el Rey, la Reina y su servidumbre. No se ven por las calles más que literas y mulas gallardamente enjaezadas. Las casas están ricamente amuebladas, y las iglesias... ¡oh! ¡Las iglesias!

—¿Las iglesias? repitió el niño, que apenas respiraba: ¡tan ávidamente estaba escuchando!

—Sí; las iglesias de Madrid, replicó el mercader, son superiores, por la riqueza de su culto, á las de todo el mundo: el oro, la

plata y las piedras preciosas están prodigadas por todos los altares; los sacerdotes van revestidos de capas brillantes; y, por último, las voces de los cantores se dejan oír con tal pureza, que la multitud se cree trasportada al santo Paraiso. Mas ¿á qué viene hablar de maravillas que tú no debes conocer nunca...? Pero, Juan... ¿qué tienes?

—¿Yo...? balbuceó el niño: no tengo nada.

—Parece que estás triste.

—No, no: yo os aseguro...

Teresa vino, sin saberlo, á sacar á su hijo de un gran embarazo, anunciando que la cena estaba dispuesta. Juan estuvo casi mudo, y, contra lo que acostumbraba, con poco apetito. La noche, en vez de pasarla en un sueño profundo, la pasó dando vueltas, combatiendo con el insomnio. Continuas visiones ponian ante su vista las iglesias y los palacios de Madrid: su cabeza era de fuego; su corazon latia violentamente. No pensaba ya en los tiernos cuidados que sus padres le habian prodigado hasta entonces en la vida tranquila que pasaba en Montemayor. La ardiente curiosidad ahogaba en él la memoria del reconocimiento.

Al dia siguiente, al amanecer, el merca-

der se puso en camino, despues de haber dado afectuosamente las gracias á los que con tan buena voluntad le habian proporcionado hospitalidad. Un pensamiento culpable se habia apoderadó del espíritu de Juan; pensamiento que fue el primer anillo de la larga cadena de sufrimientos que debia recorrer. Se habia dicho que, siguiendo de lejos los pasos del forastero, podria llegar á Madrid. No calculando entonces ni la distancia, ni su falta absoluta de dinero, ni la desesperacion en que iba á sumir á su familia, se salió de la casa y tomó la misma direccion que el mercader, corriendo así muchas millas casi sin detenerse.

Andrés Ciudad y Teresa no se inquietaron al principio, porque suponian que Juan habria ido, segun su costumbre diaria, á ver á un tio que vivia al otro extremo de Montemayor. Sin embargo, al cabo de algunas horas, no viéndole volver, se alarmaron vivamente. Andrés corrió á casa de su hermano, y gritó de lejos:

—¿Dónde está Juan?

—¿Tu hijo? dijo el tio: no lo he visto hoy.

Trastornado de temor Andrés, volvió precipitadamente á su casa para tomar

consejo de su mujer. Muchos dias pasaron en infructuosas pesquisas, y fue preciso que Andrés se decidiera á volver solo con el corazon traspasado.

Cuando llegó una noche á la puerta de su casa, se detuvo un momento. Triste mensajero, no podia decidirse á anunciar malas nuevas. Al cabo llamó, y dijo: «Soy yo.» Y quedó espantado no oyendo la voz de Teresa, que de ordinario saludaba su vuelta con tanta alegría. Y sin embargo no estaba ausente, porque un rayo de luz brillaba á traves de las rendijas de las puertas. Una vieja vino á abrirla. El rostro de esta mujer espresaba tal afliccion, que Andrés no pudo reprimir un grito de espanto. Se adelantó precipitadamente, y vió á su pobre Teresa tendida en el lecho, y víctima de ardiente fiebre. Andrés, con los ojos inundados en lágrimas, se inclinó hácia el lecho, y pronunció con voz desgarradora el nombre de Teresa. Ella le contestó con un suspiro afectuoso, tendiéndole su mano abrasadora, que él cubrió de lágrimas y besos.

Cuando pasó el primer momento de emocion, la enferma murmuró estas palabras:

—¿Eres tú, Andrés? ¡Tú aquí, solo!

—Sí, dijo con voz sorda; todas mis pesquisas han sido infructuosas. Juan nos ha abandonado. ¡No nos amaba...! ¡El, á quien tanto hemos amado! No pienses más en ese ingrato, y recobra la salud.

—Andrés, tus votos son inútiles: el mal que padezco lo llevaré á la tumba.

—¡Oh Teresa mia! ¡Me serás arrebatada! Sin tí, sin mi hijo, ¿qué haré yo en esta tierra?

—Voy á decírtelo, pero ten más calma, ten más valor: tus suspiros me turban. Escucha, Andrés, escucha bien. Dios me ha hablado; se ha dignado enviarme el Angel de la Guarda de nuestro hijo. El espíritu inmortal me ha exhortado á ser paciente y á no murmurar. El me ha tranquilizado sobre la suerte de nuestro hijo. Juan debe pasar por grandes pruebas, que afirmarán su virtud.

—Teresa, eso es un sueño... eso es el efecto de un vértigo...

—No, Andrés, no: yo no dormía, yo no padecía cuando el cielo me ha descubierto el porvenir. Escucha: cuando yo no exista; cuando yo descanse en mi última morada, distribuye entre los necesitados lo poco que poseemos, y conságrate al servi-

cio de Dios en la Orden de San Francisco.

—Seguiré tu consejo... ¡Oh! te lo prometo.

—Gracias, Señor, muero contenta; porque ya estoy asegurada de la suerte de los dos seres que más he amado. Adios, Andrés, hasta la vista... allí, en lo alto.

Y espiró.

II.

Juan, siguiendo siempre de lejos los pasos del mercader ambulante, habia llegado á Castilla: el cansancio le postraba: alimentado por la caridad pública, á menudo apenas habia conseguido un pedazo de pan negro, y se habia tenido que acostar en los caminos, espuesto á la intemperie. ¡Cuántas veces se habia acordado de los cuidados tan tiernos y multiplicados de Teresa! ¡Cuántas veces se habia representado á sus padres, entristecidos y acusándole de ingratitude! A medida que se alejaba, su pensamiento volaba á la casa paterna. Comprendió hasta qué punto es débil un niño cuando le falta la proteccion de su familia; pero una

especie de temor, de mala vergüenza, le contenia. Si seguia siempre adelante, no era ya por satisfacer sus deseos de viajar; era porque no se atrevia á volver atras. Tal vez era necesario que la voluntad de Dios se cumpliese; esa voluntad que Teresa habia conocido en su vision.

Habia llegado á Oropesa, cuando se vió obligado á detenerse. Hambriento, falto de recursos, se sentó llorando en un pedazo de piedra. Allí dejó caer la cabeza entre sus manos, y se puso á hacer amargas reflexiones.

Una voz ruda le sacó de estè estado de adormecimiento... Levantó los ojos y vió á un mayoral de ganado, que le miraba atentamente.

—¿Qué haces ahí? le preguntó el hombre.

Juan le refirió francamente su aventura, sin procurar disculparse.

El mayoral reflexionó un momento, y dijo despues:

—Has hecho muy mal en abandonar á tu familia; piensa en el dolor que les has causado. Yo, que amo tiernamente á mi hija, á mi María, no me consolaria nunca si me faltara. Sin embargo, puesto que el mal

está hecho, pongamos un remedio. Cuando un viajero de mi confianza vaya á Portugal, yo le encargaré que dé noticias tuyas á tus padres. Entre tanto, como es preciso que vivas honradamente y no vagabundo, si quieres guardar uno de mis rebaños, te trataré bien, á fe de Gonzalez.

El niño aceptó con apresuramiento.

Por espacio de muchos años ejerció Juan este rudo oficio. Siempre solo y en presencia de la naturaleza, sentia elevarse su alma, y su inteligencia se engrandecia: á menudo pensaba en Andrés y en Teresa; su esperanza más querida era volverles á ver un dia y sorprenderlos con sus adelantos. Con la ayuda de un fraile que iba algunas veces á su cabaña, aprendió á leer, y, gracias á la biblioteca del convento de este buen religioso, pudo utilizar para instruirse las largas horas que pasaba en el campo. A las gracias de la infancia habian sucedido en él las fuerzas y el vigor de la adolescencia. Su cuerpo se habia desarrollado, su rostro habia tomado carácter viril. Gonzalez, satisfecho de su excelente conducta, y apreciando su viva inteligencia, le puso al frente de sus rebaños. La administracion de Juan fue tan buena, que

al cabo de poco tiempo la fortuna del mayoral se aumentó considerablemente.

Un dia Gonzalez invitó á Juan á seguirle á su jardin, y allí le dijo: «Estoy contento de tus servicios; has sido un fiel criado: quiero recompensarte dignamente, dándote la mano de mi hija María: sus bienes serán tuyos. Yo me hago viejo, y necesito de mucho reposo; seré, pues, feliz viendo á mi hija unida á un hombre honrado, y al mismo tiempo proporcionándote un bienestar que tal vez nunca hubieras conseguido con tu trabajo.»

En vez de acoger con alegría una oferta tan brillante, Juan se quedó consternado.

—¡Oh, señor! contestó; no me atrevo á alegrarme de vuestra generosidad, porque soy indigno de ella. ¿Qué he hecho yo para merecer la prenda más preciosa que tenéis? He cumplido con mi deber, y esto es todo. Si un pobre jóven como yo aspirase á una rica alianza, ¿no se le podría acusar de obedecer á un cálculo interesado? Además, una voz secreta me dice que no debo, ahora menos que nunca, pensar en casarme. Me parece que mi libertad no me pertenece, y que no tengo el derecho de disponer de ella.

—Tú reflexionarás, replicó Gonzalez con benevolencia: mañana te pediré la contestación, y me parece imposible que rehuses la dicha y la fortuna.

Por la noche, Juan, retirado á su habitacion, se arrodilló delante de una imagen de la Santísima Virgen, único adorno de este modesto asilo: su oracion fue larga y ferviente. Cuando se levantó, se sentia más fuerte y más tranquilo.

—No, se dijo; no abusaré de la generosidad de Gonzalez: tal vez más tarde se arrepentiria de ella. Entré pobre en su casa, y pobre saldré. Ignoro á qué fin guiará Dios mis pasos; pero el corazon me anuncia que mis pruebas no han terminado aun, y que no he expiado por completo las faltas que he cometido.

Entonces tomó una resolucion que debia ahorrarle el embarazo de tener una esplicacion con Gonzalez; al amanecer salió de la casa sin ser oido, y se alejó á toda prisa.

III.

Pasada la primera hora de camino, la reflexion iluminó el espíritu del fugitivo: el

horrible fantasma de la miseria apareció á su vista. Juan comprendió la necesidad de abrazar una nueva profesion, ó de ponerse al servicio de otro ganadero; pero lo que sobre todo deseaba era abandonar el pais, para no ser atraído por la gratitud á la casa de Gonzalez.

Cuando entró en Oropesa, vió una compañía de soldados que ocupaba la plaza principal, donde hacia el ejercicio. Juan se acercó y contempló estas maniobras militares. El oficial, que no tenia completa su compañía, pensó al momento en hacer la adquisicion de aquel jóven aldeano, que prometia ser un soldado valiente y vigoroso. Le llamó, y le dijo si queria inscribirse en los tercios de Carlos V.

—Tan cierto como yo me llamo Rodrigo, dijo, que ganarás honra y provecho siguiendo nuestra bandera, porque vamos al sitio de Fuenterrabía, en la frontera de Francia.

Algunos de los soldados que conocian á Juan Ciudad, y sabian el favor de que gozaba con el ganadero, se rieron por lo bajo de la proposicion del capitan; pero ¡cuál no fue su asombro cuando oyeron á Juan responder con gravedad que aceptaba la proposicion de D. Rodrigo! Inmediatamente se

puso Juan la ropilla de soldado, y se armó de una pica. Desde aquel momento estaba al servicio del Rey.

La vida de los campamentos era entonces turbulenta y disipada; la mayor parte de los voluntarios de que se componia el ejército habian empeñado su libertad por un poco de oro; eran generalmente vagabundos, estudiantes pobres, lacayos sin acomodo, ó aventureros, como los *raitres* alemanes ó los *condottieri* italianos, merodeadores sin vergüenza, tan peligrosos para ser aliados como para ser enemigos; espantables en la victoria, pero tímidos ante el primer choque de los verdaderos guerreros. Arrojado en medio de esta soldadesca, Juan no podia sustraerse á la influencia perniciosa de sus malos principios. Sin imitar sus infames acciones, sin manchar sus labios con las mismas blasfemias, no se atrevia, sin embargo, á entregarse ostensiblemente á las prácticas de la Religión; se ocultaba de ser hombre de bien, y no se ocultaria de ser asesino. Bien pronto la misma conducta de sus camaradas le causaba menos horror; en este torbellino á que era empujado no se atrevia á interrogarse sobre el estado de su alma. ¡Algunos pa-

sos más, y tal vez caeria en el abismo! Una circunstancia, á la vez funesta y dichosa, vino á sacarle de este peligro.

La compañía carecia de víveres: Juan, como el más jóven, fue enviado á buscarlos al pueblo vecino; iba montado en un caballo recientemente cogido á los franceses. El animal, reconociendo de lejos su antigua morada, quiso volver á ella; el caballero se resistió, y entonces el caballo se encabritó con tal furor, que Juan fue arrojado sobre un monton de piedras. El desdichado perdió el conocimiento. El dolor le hizo volver en sí; pero fue para mostrarle un nuevo peligro. El campamento de los franceses estaba tan próximo, que Juan podia oír los pasos de los centinelas. Temblaba que fuese visto por algun enemigo; porque medio muerto como estaba, nadie se hubiera tomado el trabajo de llevárselo, y una lanzada hubiera puesto fin á su vida. ¿Cómo evitar este inminente peligro, no pudiendo dar un paso?

En aquel momento la fe le inundó con sus rayos; se acordó de que la mejor proteccion viene del cielo, y que, á falta de los hombres, Dios podia socorrerle. Entonces encaminó una ferviente oracion á la Santí-

sima Virgen, y apenas la habia acabado, cuando sus fuerzas le volvieron milagrosamente y pudo llegar á las trincheras españolas.

A algunos pasos de allí, su constancia fue todavía puesta á prueba. Se le habia encargado la custodia de un rico botin que debia ser repartido entre toda la compañía. Algunos ladrones se apoderaron de la mayor parte de este depósito; Juan fue acusado de estar en connivencia con los bandidos. Desde entonces, entregado al desprecio de sus jefes y al odio de sus camaradas, y no pudiendo, á pesar de sus protestas, lavarse de esta inculpacion infamante, dejó el servicio.

Los pasos errantes de Juan Ciudad le condujeron á la alquería de Oropesa. Su llegada fue la señal de la alegría general. Gonzalez le abrazó tiernamente, y renovó sus proposiciones.

—El tiempo no me ha cambiado, dijo este hombre escelente; estoy todavía dispuesto á darte á mi hija con todos mis bienes; reflexiona maduramente, en vez de huir como un insensato.

—¿Por qué me tentais así con tanta generosidad? respondió tristemente Juan Ci-

dad: ¿no comprendéis que yo no he sido destinado en la tierra para gozar del reposo que dan las riquezas? Cualquiera que sea mi destino, yo siento que aun no se ha cumplido. Hay en mí vagos presentimientos que me agitan, y de los que no me doy bien cuenta. ¡Oh mi querido amo! Si yo he vuelto aquí, ha sido para volveros á ver, y no para ser vuestro heredero.

Contó al mayoral las circunstancias que habian seguido á su partida, y añadió:

—El Rey de España se propone hacer la guerra á los turcos en Hungría. Aunque tengo motivos para estar descontento del servicio militar, sin embargo, iré como voluntario en las filas de los soldados de Cristo, y me parece que combatiendo contra los enemigos de nuestra santa fe, me purificaré de mis manchas. Tanto como las luchas entre cristianos son odiosas, tanto es noble verter su sangre en defensa de la Iglesia.

—Vé, hijo mio, respondió el mayoral: ¡el cielo es quien te inspira! Todos los intereses deben callarse ante tal empresa. Solamente te advierto que, si alguna vez vuelves á España, pienses en que Gonzalez te recibirá siempre con placer bajo su techo.

—Mi mayor sentimiento, dijo Juan, es

que todavía no haya podido volver á abrazar á mis padres. Muchas veces he suplicado á los viajeros que les llevaran cartas mías; pero no he recibido respuesta alguna... ¡es preciso que yo dé aun una vuelta por Montemayor! Si escapo de los peligros de esta guerra, mi primer cuidado será volver hácia los lugares donde nací, y abrazar á los seres queridos, que me esperan sin duda con impaciencia.

—¿Los encontrarás? dijo Gonzalez moviendo tristemente la cabeza.

—¡Oh! ¡no me inspireis esa duda cruel...! Quebrantaríais todo mi valor.

IV.

El sol se levantaba brillante sobre Montemayor el Novo, donde reinaba todavía el silencio.

Un hombre vestido con traje militar, una larga espada suspendida de la cintura y un baston nudoso en la mano, entró en el pequeño pueblo. Este hombre tenia el rostro moreno, flaco y cubierto de cicatrices. Aunque parecia por extremo fatigado, precipitaba su marcha á medida que se

aproximaba á la calle donde estaba la casa de Andrés Ciudad. De repente hizo un movimiento brusco, y lanzó una viva exclamacion al ver un viejo que se habia detenido para mirarle.

—¡Mi tio Fabricio! exclamó.

El tio repitió aturdido:

—¡Yo vuestro tio!

—¡Sin duda! dijo el soldado: ¡mucho debo haber cambiado cuando no me reconocéis!

—¡Cómo! ¿Eres tú Juan? ¡Despues de tantos años...! En efecto: estás muy cambiado. Pero... ¿qué vienes á hacer aquí, desgraciado?

—¿Es posible que me lo preguntéis vos? Vengo á espresar mi arrepentimiento á mis pobres padres, á quienes ofendí.

El tio levantó los ojos al cielo, y dijo:

—Ahora están allí... ¡Hace mucho tiempo que ya no padecen!

Juan siguió maquinalmente los ojos y la accion del viejo: esta nueva era tan terrible, que pareció no comprenderla.

—¿Por qué me lo decís? preguntó. ¡Qué! ¿Mi padre... mi buena madre...?

—Tu padre y tu madre han dejado este mundo.

Abundantes lágrimas inundaron el ros-

tro de Juan, y palabras entrecortadas se escaparon de su pecho oprimido.

—¡Ellos han muerto, y yo fui quien les dió el golpe fatal! ¡Ellos me habian colmado de ternura, y yo les he pagado con la ingratitud! ¡Ellos contaban conmigo para el apoyo y alegría de su vejez, y yo he huido llevándome su dicha! ¡Yo no soy digno de ver la luz del dia!

Despues de esta esplosion de dolor, Juan se recogió un poco y suplicó á su tio que le acompañara hasta el cementerio.

Guiado por Fabricio, llegó bien pronto delante de la sencilla piedra bajo la cual reposaba la esposa de Andrés. Una inscripcion groseramente trazada, y que el tiempo habia casi borrado, recordaba el nombre de Teresa, la fecha de su muerte, y pedia para ella las oraciones de los cristianos. Alrededor del humilde monumento, la yerba habia crecido á sus anchas. Algunas flores silvestres inclinaban sus cálices hácia la yerja de madera.

A la vista de este sepulcro, Juan dió un grito: los sollozos le ahogaban. Se golpeó el pecho, se arañó el rostro, llamó sobre su cabeza los rigores del cielo y repitió con tenacidad:

—¡Soy yo, soy yo quien la ha matado!
¡Perdon, perdon, oh madre mia! ¡Una eter-
na penitencia!

En fin, anonadado por las emociones,
cayó desvanecido.

V.

Después de haber servido en Estremadura á una señora rica que le habia confiado la guarda de un rebaño, Juan pensó que este oficio, tan penoso como era, no bastaba para un pecador como él. Le ocurrió la idea de ir á buscar el martirio en Africa.

La piratería se ejercitaba entonces con odiosa impunidad en el Mediterráneo y en el litoral de las bellas comarcas que baña este mar.

Juan Ciudad, conducido por su amor á la humanidad hácia las regiones berberiscas, pero demasiado pobre para libertar cautivos, queria al menos enjugar sus lágrimas, arrastrar sus hierros, compartir sus trabajos, y hablarles de la patria ausente. Una necesidad inmensa se habia revelado en su corazón: la caridad le habia enseñado sus

inefables secretos; ella le habia dicho: «¡Levántate, humilde obrero; ve á trabajar en la viña del Señor!»

En Gibraltar encontró un noble portugués rodeado por los soldados del Rey Juan III. La profunda afliccion que se pintaba en las facciones de aquel caballero llamó la atencion de Ciudad. Se acercó, y saludando respetuosamente, le dijo:

—Señor, os veo rodeado de gente...: ¿sois acaso prisionero?

El caballero, lejos de ofenderse por esta aparente curiosidad, respondió á media voz:

—Sí, amigo mio; el Rey me ha despojado de mis bienes y me ha condenado á destierro. Se me ha conducido á aquí, y no es por mí por quien me quejo. Soy ya anciano; poco me importaria terminar mis dias en Portugal ó en Africa. Pero mi familia ha sido envuelta en mi desgracia... Mi mujer y mis hijos sucumbirán tal vez agobiados por un clima abrasador. ¡Se me destierra, y sin embargo yo no soy culpable!

—¡Consolaos, pues, señor! ¡Dichoso el que posee la paz de la conciencia!

El navío que debia trasportar al conde de Silva estaba dispuesto para dejar á Gibraltar: los oficiales portugueses ordena-

ron al viejo que los siguiera, y á Juan que se retirara.

Pero este dijo con firmeza:

—¿No tengo yo el derecho de unirme á la persona de este caballero? Si él quiere aceptarme por su criado, le acompañaré á Africa.

—¡Ay, amigo mio! dijo á su vez el conde de Silva: yo no poseo nada, y no podria pagarte tu salario.

—¿Qué importa? Así no dudareis de mi celo.

Cuando el navío alzó las velas, llevando consigo al conde con su familia, llevaba tambien á Juan Ciudad.

Apenas el desterrado tocó el suelo de África, cuando una negra melancolía, unida á la accion devorante del calor, puso su vida en peligro. Juan agotó todos sus recursos á fin de subvenir á la necesidad de su señor. No contento con velar todas las noches al enfermo, empleaba el dia entero en los trabajos más fatigosos; ningun obstáculo le detenia: era el primero que se veia en el puerto dispuesto á alquilar sus brazos para descargar navíos. ¿Era preciso armarse de un pico y abrir un camino? Él daba á los demas el ejemplo con su ar-

dor. En fin, parecía infatigable. A pesar de sus numerosas ocupaciones, Juan encontraba siempre medio de penetrar en las prisiones y dejar oír á los cautivos palabras de consuelo. Allí, sentado sobre la fría piedra al lado de los moribundos, vertía lágrimas con ellos: su inteligente caridad le había enseñado á cuidar de todo; y á la vez era para los desvalidos el médico del alma y el médico del cuerpo.

El conde de Silva sentía aproximarse el término de sus males. Juan no le había dejado un solo momento desde que había reconocido la gravedad de su enfermedad. Aprovechándose de un resto de fuerza y de un último soplo de vida, había dicho á su fiel servidor:

— Quiero darte las gracias, á tí que has sido mi verdadero amigo, á tí, que me has mostrado una adhesión á toda prueba. Antes de que nosotros nos separemos, recibe mi bendición. Tu papel en la tierra es modesto, pero será magnífico en el cielo. Allí no hay distinción de alcurnia, ni de fortuna. Los hermanos... los escogidos... ¡un Dios! No te inquieté la suerte de mi familia. El capitán Martínez me ha dicho que el Rey se ha dignado abrirle las puertas de Portu-

gal y devolverle una parte de mi fortuna. Si quieres seguir con ellos, tu porvenir quedará asegurado.

—No, señor, contestó Juan; esa calma no se ha hecho para mí. Mis pruebas habrían terminado demasiado pronto. Ya una vez he rehusado la fortuna, y por ello me felicito. Si yo fuera rico ó estuviera simplemente al abrigo de la necesidad, tal vez no sentiria la misma conmiseracion por las penas de otros. Debo vivir y morir pobre.

—Y á mí, murmuró el conde, una voz del cielo me dice que serás uno de los apóstoles más gloriosos con que España se honrè. ¡Sí; serás grande delante de Dios y delante de los hombres!

VI.

En 1540 una casa de Granada estaba convertida en hospital. Sin otra fortuna que su fe, su inmensa caridad, su celo infatigable por los desgraciados, un hombre habia alquilado esta casa, en que los enfermos no necesitaban de nada.

La ciudad entera, llena de entusiasmo,

queria asociarse á esta obra sublime. Los donativos venian de todas partes.

Durante el dia, Juan, porque era él, cuidaba de los enfermos: por la noche se iba en busca de aquellos que necesitaban socorro, y los hacia trasportar al hospital.

Nunca encontraba las cosas bastante buenas para sus enfermos; en cuanto á él, habitaba en una estrecha celda, y dormia con una piedra por cabecera.

Admirado por sus virtudes, por su humildad, por los numerosos servicios, que no cesaba de prodigar á los enfermos, el Obispo de Tuy, presidente de la Cancillería de Granada, le dijo un dia: «¡En verdad que sois Juan de Dios!»

El nombre le quedó: Juan Ciudad fue en adelante Juan de Dios; y sin saberlo habia fundado la Orden de Hermanos de la Caridad, una de las más bellas instituciones humanas, que ha dotado con sus beneficios á España primero, á Portugal, á Italia y al mundo entero.

Sin embargo, como aun las mejores cosas tienen inevitablemente detractores, esta tuvo incrédulos, y entre otros un rico señor, que no podia comprender tan completa abnegacion.

—Quiero, dijo por fin, poner á prueba la virtud de ese hombre.

Se disfrazó con un miserable saco de tela ordinaria, y fue así á buscar al Santo.

—Me han dicho, exclamó, que vos que-
reis hacer buenas obras. Yo vengo á soli-
citar vuestra asistencia. Tengo necesidad
de veinticinco ducados.

—¡Veinticinco ducados! repitió Juan; jus-
tamente puedo disponer de ellos, y me con-
sidero dichoso en podérselos dar á un hom-
bre que parece tan honrado.

Algunos instantes despues el potentado
envió la bolsa á Juan: habia unido á los
veinticinco ducados ciento cincuenta escu-
dos de oro, y desde entonces dió al hospi-
tal abundantes limosnas.

Una ruda prueba estaba reservada á Juan
de Dios. El fuego prendió en la casa donde
estaban los enfermos. Juan se lanzó en me-
dio de las llamas, y corrió sobre carbones
encendidos; no notó que la bóvedas chas-
queaban, y la escalera era una cinta de fue-
go. Sabia demasiado bien el número de sus
enfermos para olvidarse de uno solo, y
no cesó de esponer su vida hasta que todos
estuvieron en lugar seguro.

Otro azote le halló no menos intrépido,

con no menos abnegación hácia los seres desgraciados. El río, desbordado, habia causado grandes estragos: su avenida se llevó muebles y otros objetos de los pobres habitantes del pueblo. Juan no titubeó en arrojarse al río, aunque estaba enfermo, y arrancar así al terrible elemento una parte de su presa.

A pesar de tantas acciones heróicas, Juan fue más de una vez blanco de la calumnia y de los insultos, que él aceptó como mortificación necesaria.

Juan de Dios habia vivido cincuenta y cinco años sobre la tierra, cuando le fue otorgada la celestial recompensa. Se esparció la voz por el pueblo de que este Apóstol estaba en el último extremo. Una piadosa señora, doña Ana Osorio, se apresuró á socorrerle. Encontró al Santo tendido sobre su jergon y cubierto con un viejo traje: un cesto habia sustituido á la piedra que le servia ordinariamente de almóhada.

Todos los pobres del hospital se amontonaban á la puerta de la celda, y respondian á las exhortaciones del Santo con gemidos. Era una numerosa familia próxima á perder su padre.

Vivamente impresionada por este espec-

táculo doña Ana Osorio, dió inmediatamente aviso al Arzobispo de Granada, el cual ordenó al enfermo obedecer á aquella señora como á él mismo. Al momento Ana hizo llevar una litera para conducir á Juan á su casa, donde estaria mejor cuidado.

Los progresos de la enfermedad fueron espantosos. Por todas partes se oian estas palabras: «La vida de Juan de Dios está en peligro.» Aunque la poblacion hubiera estado amenazada de la peste, no habria sido mayor su emocion. El Arzobispo y la nobleza corrieron cerca del lecho del moribundo: las autoridades de Granada fueron á suplicarle que bendijera á la ciudad. Juan se escusó de tal honor, pero el Arzobispo le mandó ceder. Entonces el Santo levantó la voz, y bendijo la ciudad; despues exhortó dulcemente á todas las personas presentes: sus pobres, sobre todo, preocupaban su espíritu.

—¡Oh! decia: prestad siempre asistencia á mis enfermos, á mis indigentes; que despues de mi muerte hallen en vosotros celosos protectores.

Al concluir esta recomendacion conmovedora, pidió que se le pusiera al pie del altar. Allí fue donde murió, prosternado ante la imágen de Dios Redentor.

Las autoridades, la nobleza y el clero asistieron á sus funerales. Los pobres, á quienes tanto amó siempre, le siguieron hasta la última morada.

Veintiseis años despues, en 1576, Dios hacia nacer en Francia, en el pueblo de Pouy, otro Santo que debia unir al establecimiento de la Orden de la Mision y las Hijas de la Caridad el nombre venerado de Vicente de Paul.

EL ORDEN DE LOS

EL OBISPO DE NOLI.

Hacia el siglo v de la Era cristiana, el mundo fue invadido por una nube de conquistadores, tan numerosos, tan espantables como las langostas enviadas antes por Jehovah para desolar á Egipto. Pueblos desconocidos, bárbaros de corazon de hierro, salieron de sus selvas impenetrables, ó se escaparon de sus lagos fragosos para destruir la civilizacion. Iban donde el viento les empujaba, donde les guiaba el curso de sus rios, y devastaban y asesinaban por la cruel satisfaccion de destruir y de matar. Atila, Genserico, Alarico... ¡qué nombres...! ¡Y cómo esos reyes feroces señalaron con rasgos de fuego y huellas sangrientas su paso á través del imperio romano!

Genserico, sobre todo, jefe de los vándalos, esos feroces ribereños del Ponto-Euxino, Genserico ha dejado en la historia un terrible recuerdo. Del seno del Africa húmeda, ocupada por sus hordas, ese rey vino á caer sobre Italia, y á merodear sin piedad todo el Estado de Génova. Parecía que el dedo de Dios mismo le conducía, y empujaba hasta el puerto las débiles embarcaciones sobre las que este conquistador no temía pasar el Mediterráneo. A esta ferocidad, á esta ansia de destrucción, que hizo su nombre tan tristemente célebre, los bárbaros juntaban una especie de fanatismo religioso, porque eran arrianos, y en este concepto el catolicismo y las santas iglesias eran, sobre todo, el objeto de su odio.

I.

Ved los habitantes de los campos huir en desórden, dejando tras ellos todos sus bienes; vedlos pedir asilo á las murallas de las ciudades, sin pensar que los muros más espesos caian ante los bárbaros como por el impulso de un temblor de tierra. Los vándalos aplican la llama, que se levanta en columnas por encima de las brasas, donde se consumen las ruinas de pueblos, ayer florecientes, revelando las desdichas de esta invasion, y haciendo prever otras mayores.

Noli ha quedado intacto; los fugitivos de los alrededores se han refugiado allí. Sin abrigo, tendidos sobre las losas de las calles, imploran la ayuda de Dios; y su terror es tal, que ni aun les viene el pensamiento

de coger una espada y correr á la brecha, guardada por algunos bravos soldados.

En tanto, los vándalos estrechan cada vez más la plaza, furiosos por una resistencia que no esperaban. Solo su aspecto hacia temblar: rojos cabellos flotaban sobre sus espaldas; una barba espesa bajaba á lo largo de su pecho; un pedazo de piel de carnero les servia de coraza, y correas de cuero cerraban de distancia en distancia la grosera tela de lana que cubria sus piernas. Un hacha de doble filo relumbraba en su nerviosa mano. Cuando iban al combate, sus desgreadas mujeres se mezclaban en las filas, y los escitaban con sus gritos y sus reconvenciones. No parecian hombres, sino osos sangrientos salidos de su madriguera.

Escuchad, santos ángeles del cielo, y dignaos desarmar la cólera del Señor de todas las cosas, suspendida sobre los desgraciados cristianos. ¡Si su hora es llegada; si deben beber el cáliz del dolor, que al menos no lo beban hasta las heces! Las campanas, volteadas sin descanso en los conventos y en las iglesias, son como otras tantas voces vibrantes que piden gracia. La oleada de bárbaros ha inundado el pueblo; todo va á perecer por el hierro y el

tuego. Los habitantes, arrodillados, piden gracia. Que estén tranquilos. Genserico los desprecia demasiado para hacerlos asesinar, y entonces toda su atencion estaba en la iglesia metropolitana, edificio fortificado donde se retiraron los principales ciudadanos.

Más de cuatro mil personas habian confiado su salvacion á las murallas del recinto de la paz. Un estupor general helaba á estos infortunados, de los cuales los viejos componian la mayoría. Las gradas de los altares estaban cubiertas de fieles arrodillados. Sollozos y oraciones se confundian, formando bajo las sombrías bóvedas una estraña armonía de duelo y de muerte. Todas estas víctimas, condenadas de antemano, recitaban por sí mismas los salmos de los agonizantes. A cada momento resonaban los golpes furiosos de las catapultas y las ballestas, aplicados en vano contra las puertas de la iglesia; los clamores de los asaltantes sucedian á sus inútiles ataques, llegando á los espantados habitantes de Noli.

II.

Entre esta multitud se hubiera podido señalar un adolescente, en cuyo rostro se pintaba la dulzura, y que se olvidaba completamente de sí para prodigar cuidados y consuelos á sus padres. Drusila, madre de este jóven, parecia á su vez hija de su esposo, el anciano Octovonius, pobre paráltico, destruido por los dolores, sin contar con más en el mundo que con su paciencia y la tierna caridad de los suyos. Esta mujer tenia en sus miradas tan conmovedora espresion, y la edad habia alterado tan poco sus bellas facciones, que se la pudiera haber tomado por la Vírgen María, mientras que su hijo Maximus representaba muy bien, por el candor de su frente y la sencillez de su túnica, al divino Salvador del

mundo, si tales comparaciones pueden hacerse. Pero Maximus y Drusila no habian logrado sanar al paralítico, aunque ya hacia diez años que le curaban dia y noche.

El hijo ganaba el pan para sus padres; devolviéndoles así, por un sublime cambio, la vida que de ellos habia recibido, y hoy los tres iban á perecer juntos con la más espantosa muerte, que es aquella que está prevista. Pero si los padres de Maximus estaban resignados con su suerte, este habia concebido la esperanza de salvarlos. Él oyó á dos jóvenes patricios que mandaban á sus servidores y á todos los hombres en estado de combatir, que subieran á las murallas y á las torres de la iglesia para aplastar al enemigo con todo género de objetos arrojados. Maximus se mezcló entre ellos, á pesar de las súplicas de su madre.

Un grito de guerra resonó en aquel sagrado recinto, y otro de los bárbaros habia contestado desde fuera, como la hiena responde á las voces de los cazadores que la buscan y la desafian.

En aquel momento supremo se notó en la Iglesia gran movimiento: al ruido que acababa de reinar, sucedió el silencio; al tumulto el respeto. Paulino, Obispo de Noli,

acababa de entrar por una puerta secreta que daba á las ruinas de un antiguo templo pagano. La clerecía le habia recibido prós-ternándose, porque el venerable Prelado aparecia como venido del cielo, como salvador de un pueblo entero. Esta multitud, poco antes tan agitada y tan confusa, esperaba las palabras que su Pastor se dignara pronunciar.

Paulino volvió su mirada severa hácia los insensatos jóvenes que habian querido provocar á sus conciudadanos á una defensa inútil. Vió entre todos á Maximus, cuya mano sostenia una espada.

—¿Qué pretendes hacer, hijo mio? le dijo; ¿no sabes que empujas á estos hermanos á la muerte?

—Yo sé, padre mio, respondió Maximus, que es preciso defendernos, y que alcanzando el martirio lograremos la corona prometida á nuestros esfuerzos. Tengo padres queridos que salvar, y por ellos arrostraria mil muertes.

El santo Obispo miró atentamente á Maximus con grave piedad.

—¿Crees, contestó, que yo quiero hacer menos por todo este pueblo que tú por tus padres? Confíame el cuidado de su salva-

cion, que, ó ellos estarán bien pronto fuera de peligro, ó yo sucumbiré con ellos.

Maximus dejó caer la espada, y se prosternó ante Paulino.

Las puertas de la iglesia rechinaban bajo los golpes de los bárbaros. Vivos resplandores penetraban á través de los vidrios de las ventanas, amenazando que el enemigo iba á poner fuego á la iglesia y á sacrificar su avaricia á su rabia. Todos murmuraban estas palabras: «¡Señor, Señor, tened piedad de mí!» Entonces Paulino pidió sus más ricos ornamentos pontificales; cubrió su frente augusta con la blanca mitra, tomó su báculo pastoral, y se puso bajo un dosel, en medio del cual estaba, como un sol de oro, el Santísimo Sacramento. Hizo que lo llevaran los jóvenes diáconos, y acompañado de todos los sacerdotes, mandó que se abriesen las puertas.

III.

Los vándalos no esperaban apoderarse tan pronto de su presa. Un grito de alegría feroz resonó en sus filas, y se lanzaron agitando las hachas por encima de sus cabezas. Pero de repente se detuvieron como heridos de estupor. La vista del Obispo rodeado de su clerecía, y un pueblo arrodillado, encadenó su cólera y casi paralizó su valor. ¿Era un Dios, ó era un hombre quien se les oponía? Sin embargo, probaron á subir algunos escalones para llegar al pórtico; pero Paulino levantó su cruz, y los bárbaros retrocedieron todavía intimidados. Los jefes de los bárbaros se consultan: ninguno se atreve á dar la orden de que se atente á los días del respetable Prelado. Paulino es el credo vivo de la multitud que

se guarece detras de tanta piedad y tanta santidad. Sin embargo, tal estupor no podia durar, y el martirio de una multitud sin defensa iba á ser bien pronto consumado.

Genserico corria furioso para apresurar el esterminio de los defensores de la Iglesia: su boca vomitaba amenazas de muerte. Montado sobre un caballo, rápido como el viento, se hubiera tomado por un torbellino que va á caer sobre los hombres y á arrastrarlos en su carrera. Una cabeza de tigre cubria su frente, y el resto de su abigarrada piel le caia por la espalda. Gruesos anillos de oro, mezclados con otros de hierro, rodeaban sus piernas y sus brazos musculosos, y una espada gala se movia en su mano, ancha y ensangrentada, como un juguete en las de un niño. El rey bárbaro blasfemó á la vista de sus soldados inmóviles y temerosos: abriéndose paso entre ellos, y atropellando con su caballo á los desgraciados que no se apartaban bastante pronto, llegó delante del pórtico de la iglesia, y á treinta pasos de Paulino. Pero fue tocado del mismo espíritu de Dios: una fuerza invencible se apoderó de su cólera, y los relámpagos de sus ojos se apagaron. A su pesar, Genserico se in-

clinó sobre la crin erizada de su corcel nómida : despues, levantando la voz, invitó al Obispo á que se acercara, pero Paulino no obedeció esta órden; y Gensericó, sin demostrar resentimiento, dió un salto de su caballo, y subiendo rápidamente la escalera, se puso delante del santo Prelado.

—¡Hombre! dijo el vándalo. ¿Qué quieres?

—Gracia para este pueblo, para tus hermanos en Dios.

—¿Quiénes? ¡Mis hermanos ese rebaño de esclavos!

—¡Sí, tus hermanos! Tú darás cuenta de su sangre á Aquel que juzga á los conquistadores y á los pueblos conquistados, á los verdugos y á sus víctimas; á Aquel que tiene palmas para los inocentes y suplicios sin fin para los criminales.

—¡Sacerdote! exclamó el rey: yo he sido enviado para herir, para matar. Yo paso tan terrible como el fuego ó como el torrente : ¿quién se atreverá á detenerme?

—¡Yo! Si todavía eres accesible á la piedad, ¡oh rey! yo te conjuro por tu nombre, por tus compañeros y por la fuerza de tu brazo, tan justamente temido, para que no ofendas á estos desgraciados. ¿Qué glo-

ria conseguirias inmолando seres temerosos que no pueden defenderse?

—Tu súplica ha sido oída. Ese pueblo no será asesinado, pero sí vendido. Concedo rescate para los más ricos. Cada uno de mis soldados tomará un esclavo por la parte de botín que le corresponde: los jefes tomarán cuatro.

Y volviendo á montar en su caballo con la misma agilidad que habia bajado de él, Genserico desapareció súbitamente, seguido de sus soldados, que llenaban el viento con gritos de alegría.

IV.

Al día siguiente, el Foro de la villa estaba repleto de vándalos que se disputaban los más apuestos, los más jóvenes y los más fuertes ciudadanos. Genserico previó el momento en que la avaricia les haría tomar las armas, y mandó que se hiciera el reparto á su vista. Conocía á todos sus soldados; y mandándoles ponerse en órden, desfilaron delante de él. Aquellos que más se habian distinguido en las batallas y más heridas habian recibido, obtenian del rey un esclavo joven y vigoroso, capaz de llevar mucho peso y de sembrar bien las tierras. Los que, por el contrario, en su marcha vacilante indicaban un temperamento menos enérgico, ó aquellos cuyas armas esta-

han en mal estado, fueron colmados de reconvenciones, y algunos no obtenian parte del botin; á otros les fueron adjudicados los viejos débiles, ó los niños de corta edad, carga más que premio.

Ya no quedaban por distribuir más que algunos centenares de los habitantes de Noli. Entre ellos estaban Maximus, con el viejo Octovonius y Drusila. Hubieran conmovido á la muerte misma. Aquella pobre madre daba gritos desgarradores ante el pensamiento de que su pobre hijo, su esperanza, su vida, desapareciese de su vista para siempre. Las lágrimas corrian en abundancia, y sus manos crispadas arrancaban sus cabellos. Entre tanto, el jóven, confiando en la misericordia del cielo, le mostraba la mansion de Dios, la bóveda etérea á donde la oracion jamás ha llamado en vano; pero Drusila lo olvidaba todo para no pensar más que en su hijo, en su pobre hijo.

Su suplicio fue tanto más penoso, cuanto que antes de ocuparse Genserico de la suerte de cada uno, dejó á los soldados y á los ciudadanos de Noli tiempo para convenir el precio de los cautivos que podian rescatarse. Se veia al santo Prelado mez-

clarse entre su rebaño, interceder por los unos, defender los intereses de los otros, pretendiendo probar que este tenia mucha edad, y que aquel era muy débil para soportar la travesía y los ardores de un clima abrasador.

Cuando los habitantes apuraron todos sus recursos para satisfacer al vencedor, Paulino hizo llevar los ricos candelabros, los paños de altar, las casullas, los incensarios de plata, los vasos sagrados, en una palabra, todo cuanto de más precioso tenían las iglesias de la ciudad. En cambio de estos tesoros, Genserico dejó algunos prisioneros.

Entonces llamaron al grupo en que figuraba Maximus. El jóven se abrazó á su padre, vertió lágrimas en el seno de su madre, y se presentó. Solo al ver su aspecto de vigor y buena salud, los vencedores saludaron al cautivo. El yerno de Genserico, que hasta entonces habia preferido el oro á los prisioneros, estendió apresuradamente su mano cargada de anillos, y dijo:

—Para mí este esclavo.

Pero Drusila se habia arrojado ya á los pies del venerable Obispo, y ya le suplicaba salvara á su hijo amado, prometiéndole

eterna gratitud. ¡Oh! ¿Quién podría pintar la ansiedad de esta pobre mujer, sus palabras desgarradoras, sus lágrimas, sus gestos de desesperacion? Solamente una madre comprenderá bien este lenguaje del corazón.

—Hija mia, le dijo Paulino; los cristianos no deben arrodillarse más que delante de Dios.

Inmediatamente el Obispo paseó su mirada á su alrededor, como para buscar todavía algun vaso sagrado, algun brillante ornamento sacerdotal que ofrecer al vencedor en lugar de Maximus. Pero ya no quedaba nada, y el jóven iba á unirse á los demas cautivos, cuando un pensamiento repentino iluminó la mente de Paulino, y dijo:

—Tú, que has reclamado á Maximus como de tu pertenencia, escucha mis palabras. Este jóven es necesario á los que le dieron la vida: yo me ofrezco á reemplazarle.

—¡Tú! dijo Loderico aturdido: ¿y qué ventaja sacarás tú de eso?

—La de haber salvado á un infeliz.

—¿Quién, un miserable, un pedazo de tierra?

—¡Un cristiano, mi hermano en Dios! Acéptame: mis brazos son bastante fuertes para llevar el hierro, para soportar los más rudos trabajos. Además, el cielo sostendrá mi valor, y si es necesario lo redoblará.

Aunque el yerno del rey ignoraba que este hombre fuese un Prelado, un Príncipe de la Iglesia, aceptó el cambio, é inmediatamente fueron atadas las manos de Paulino, mientras que Maximus y Drusila, arrodillados, daban gracias con la voz, con el gesto y con la mirada al generoso Pastor que les devolvía la vida, conservándoles el uno para el otro.

Algunos días despues los barcos de los vándalos llevaban á los vencedores, en plena mar, con sus trofeos y su cargamento de cautivos. Al principio no se oían más que cantos, blasfemias y escenas de orgía. En el fondo de las naves los prisioneros habian sido abandonados: reinaba entre ellos la mayor tristeza, por más que no estuvieran desprovistos de algunos rayos de esperanza, porque la fe, siempre viva, reanimaba sus corazones.

En una tarde de gran calma se habian aproximado las naves, y aquella en que iba Paulino se halló en medio de las demas. Se habia dado licencia á los prisioneros para que subieran al puente á fin de respirar aire puro algunos instantes, pues estaban tan

abatidos por el dolor moral como por los padecimientos físicos, y ya habia algunos que al perder de vista las costas de su querida Italia habian rehusado toda clase de alimentos, prefiriendo la muerte á la esclavitud.

El digno Obispo apareció. A su vista un grito de alegría resonó por todas partes; pero temiendo que esta manifestacion atrajese nuevos rigores sobre aquellos desgraciados, Paulino les hizo seña de que callaran. Entonó un himno sagrado, que se perdió á lo lejos, entre las tranquilas olas del Mediterráneo.

Los cristianos repetian cada estrofa con todo su corazon, mezclando sus votos fervientes á aquellos del venerable Prelado. Se le hubiera tomado por un ángel oculto bajo las facciones de un hombre, porque su cántico parecia una melodía bajada del mismo cielo. Penetrados al principio de respeto, los vándalos escucharon y callaron.

Era un admirable espectáculo ver á aquellos bárbaros, de rostro feroz, cargados de ricos despojos de las naciones vencidas, apoyados unos en el timon, otros contra el mástil, y recogiendo con atencion el himno que los pobres prisioneros dirigian á Dios.

Pero aquel respeto dejó bien pronto lugar al desprecio y á la salvaje ironía. Los vándalos entonaron á su vez un cántico guerrero.

En el mismo momento, y como si la Providencia quisiera castigar tanta impudencia é impiedad, espesas nubes subieron á cubrir el firmamento; un viento furioso se levantó, y grandes olas empezaron á desordenar la flota; al mismo tiempo caía una lluvia violenta, interrumpida por frecuentes relámpagos, que anunciaban la aproximacion espantosa del rayo vengador.

Paulino habia conservado toda su tranquilidad. ¿Qué podia él temer? Su vida entera, su vida de caridad y de abnegacion, ¿no habia sido una constante preparacion para la muerte? Corrió á la barra del timon, se agarró á él, y por instinto mandó maniobrar á los atolondrados marineros.

—¡Sálvame! le gritó su señor: ¡sálvame! Te devolveré la libertad, te enviaré á tu pais cargado de riquezas.

Paulino contestó, con una sonrisa de incredulidad, estas palabras:

—Mañana, cuando ganemos el puerto, ¿te acordarás de tu palabra?

El vándalo prosiguió:

—Para tí mis anillos, mis collares, mis pieles de leon, todo, escepto mis armas; pero ¡sálvame!

El rey Genserico reconvino vivamente á su yerno por tal cobardía, y empuñando su hacha, dijo:

—¿Crees que yo tengo miedo? ¿Crees que yo temo al cielo?

—Genserico, dijo el Prelado con voz severa: no desafíes al que es dueño de todos, porque voy á probarte ahora mismo que podria sepultarte en las profundidades del abismo.

Y dejó la barra del timon.

Inmediatamente recibió la embarcacion espantosas sacudidas, y fue arrojada á lo lejos como una flecha. Genserico se precipitó hácia el Santo, conjurándole á que volviera á tomar la direccion de la nave.

—¡Dios es grande! exclamó Paulino.

Y guió de nuevo la maniobra.

Una hora despues llegaron al puerto.

VI.

El primer cuidado de Loderico á su llegada fue hacer que pusieran en prision á su esclavo, porque la gratitud era desconocida en el corazon de este hombre, humillado entonces por haber revelado delante del Obispo su miedo y su consternacion.

Paulino habia previsto ya las gracias que habia de recibir, y no le cogió de sorpresa.

Le pusieron al cuello un enorme collar de hierro, del que pendia una cadena de más de treinta libras de peso. Creyeron que acabarian con él no sirviéndole más que pan y agua; pero hacia ya mucho tiempo que el Santo Prelado estaba acostumbrado á la más severa abstinencia. Así,

pues, ni el espantoso tratamiento que recibía de sus guardianes, ni el aire fétido y la oscuridad de su calabozo, consiguieron abatirle, porque el pensamiento del cielo y el éstasis de sus visiones embellecían á sus ojos los muros de su prision.

Entre tanto Loderico, sabiendo el mal éxito de sus crueldades, resolvió recurrir á otra clase de malos tratamientos, que tal vez serian de mejor efecto. Mandó que sacasen al Obispo de la prision, y vistiéndole con un traje ligero, le dejasen la cabeza y las piernas descubiertas, y le enviasen á trabajar al campo con otros esclavos. Un inspector recorria las filas con un látigo para aquellos que descansaban un momento en la cenagosa zanja. Paulino estaba bien recomendado á este cruel ejecutor de la tiranía de su señor; pero ni una vez mereció el ignominioso castigo del látigo. Su ardor por el trabajo era ejemplar. El suelo cedía á sus esfuerzos como por encanto; el surco que él habia labrado y sembrado se cubria bien pronto de abundantes espigas. En los cortos instantes que le concedían para el indispensable reposo, el Obispo, en vez de tenderse, como sus compañeros, á la sombra de una palmera ó detras de las

tiendas de los nùmidas del Atlas, les recitaba oraciones sagradas, que desenvolvía al momento en una exhortacion corta y paternal, y los cautivos no murmuraban ya contra su suerte, sino que sentian sus ojos inundados de dulces lágrimas, y bendecian á Dios porque habia consentido que no los abandonara su jefe espiritual.

No contento con exhortar á sus hermanos á sufrir, Paulino llevó su celo hasta los soldados vándalos que le guardaban, y les hizo oír la palabra de Dios. Estos acogieron primero sus verdades con risas insolentes; pero concluyeron por escucharle más atentamente, y al fin por convertirse. Paulino se habia aplicado al estudio de su lengua, y no tardó mucho en iniciarse en los secretos de este idioma. Más elocuente entonces, ejerció mayor influencia en el espíritu de sus oyentes, y tuvo la alegría de hacer servidores de Dios á algunas criaturas, arrancadas del seno de las tinieblas del error.

Ante esta noticia, el furor de Loderico no tuvo límites. Hizo arrojar á las fieras, en presencia de Paulino, á los soldados que habia convertido á la fe. Pero estos hombres heróicos, lejos de acusar de su muerte á Paulino, tendieron hácia él los brazos en

señal de reconocimiento y de amor, y ofrecieron valerosamente su pecho á las garras de tigres y leones.

Loderico se volvió pálido y turbado, y miró atentamente al Obispo. Le parecia ver en él á un ser sobrenatural, más poderoso que el mundo entero.

—¿Quién eres tú, le preguntó; tú, que sabes dar á los hombres el valor para sufrir con tanta resignacion?

— Soy un servidor de Dios; y así como Dios guió mi brazo durante la tempestad en que te salvé la vida, así ha sostenido hoy á sus mártires, y me sostendrá á mí si tambien me haces arrojar á las fieras.

—¡No, no! exclamó Loderico, vencido por su santidad y valor; quiero tratarte en adelante con más humanidad. Quitadle las cadenas á este esclavo, y que se encargue de cultivar mi jardin.

Un dia dijo Paulino á su señor:

— Ved lo que podeis hacer por el trono, porque el rey morirá muy pronto.

Como el Rey y su yerno estaban muy unidos, este no tuvo inconveniente en revelar-le lo que el jardinero le habia dicho. El rey lo oyó, y quiso ver al esclavo Paulino, marchándose á comer con Loderico.

Sentado á la mesa, llegó el Prelado sirviendo legumbres y frutas.

Tan pronto como el rey le vió, tembló y dijo á su yerno:

—Todo lo que ese hombre ha revelado es verdad; porque esta noche he soñado, y he visto á los jueces reunidos en tribunal para juzgarme, y entre ellos estaba ese hombre. Pero infórmate de lo que es, porque no puedo creer que una persona tan virtuosa sea un hombre del pueblo.

Entonces el yerno del Rey preguntó á Paulino cuál era su condicion, contestándole el buen Prelado:

—Soy vuestro esclavo, aquel que aceptásteis para reemplazar al hijo de Drusila.

Y como el vándalo insistiese para saber, no lo que era él, sino lo que habia sido en su país, Paulino no pudo ocultar que era el Obispo que se habia presentado á las puertas de la catedral.

Ante esta revelacion, el vándalo, lleno de temor, le dijo humildemente:

—Pedid lo que queráis. y volved á vuestra patria cargado de riquezas.

—No hay más que un beneficio que vos podeis hacerme, contestó el sacerdote del Señor, y es el de dar libertad á los esclavos.

vos de mi diócesis, si no quereis otorgársela á todos.

El yerno del rey los hizo llamar, y en compañía del venerable Prelado fueron conducidos á su patria en naves cargadas de trigo.

Pocos dias despues murió el rey de los vándalos, como el Santo habia predicho.

Cuando los prisioneros volvieron á su ciudad, apenas pudieron ser reconocidos; que á tal punto les habian desfigurado los sufrimientos, y el sol habia quemado sus rostros. Paulino iba á la cabeza de aquel noble acompañamiento de desgraciados. La alegría reinaba en los ojos del Apóstol. Un gran rumor se esparció por toda la ciudad. En un momento las calles se llenaron de viejos, de mujeres y de niños, que reclamaban á la esclavitud un hijo, un esposo, un padre.

Entre los más ardientes se veia á Maximus, que, penetrando por entre la multitud, se puso delante del Obispo, y, arrodillándose, dijo:

—¡Oh! ¡Gracias, mi amado protector! Hiciste una sublime caridad; pero tu nombre será bendito entre los hombres, y tú serás grande en el cielo.

—Hijo, respondió gravemente Paulino: no he hecho más que mi deber; un deber de cristiano y de Pastor. Ven conmigo y con tus padres; vamos á orar y á dar gracias á Dios en su iglesia.

La multitud siguió al Prelado, que subió las escaleras del templo y las del altar mayor, y volviéndose hácia su pueblo, entonó el himno de salvacion, que millares de voces llevaron al cielo sobré las blancas nubes de incienso (1).

(1) San Gregorio, que cuenta en sustancia los hechos que acabamos de referir, los tiene por tan dignos de fe, que asegura creerlos como si los hubiera visto.
